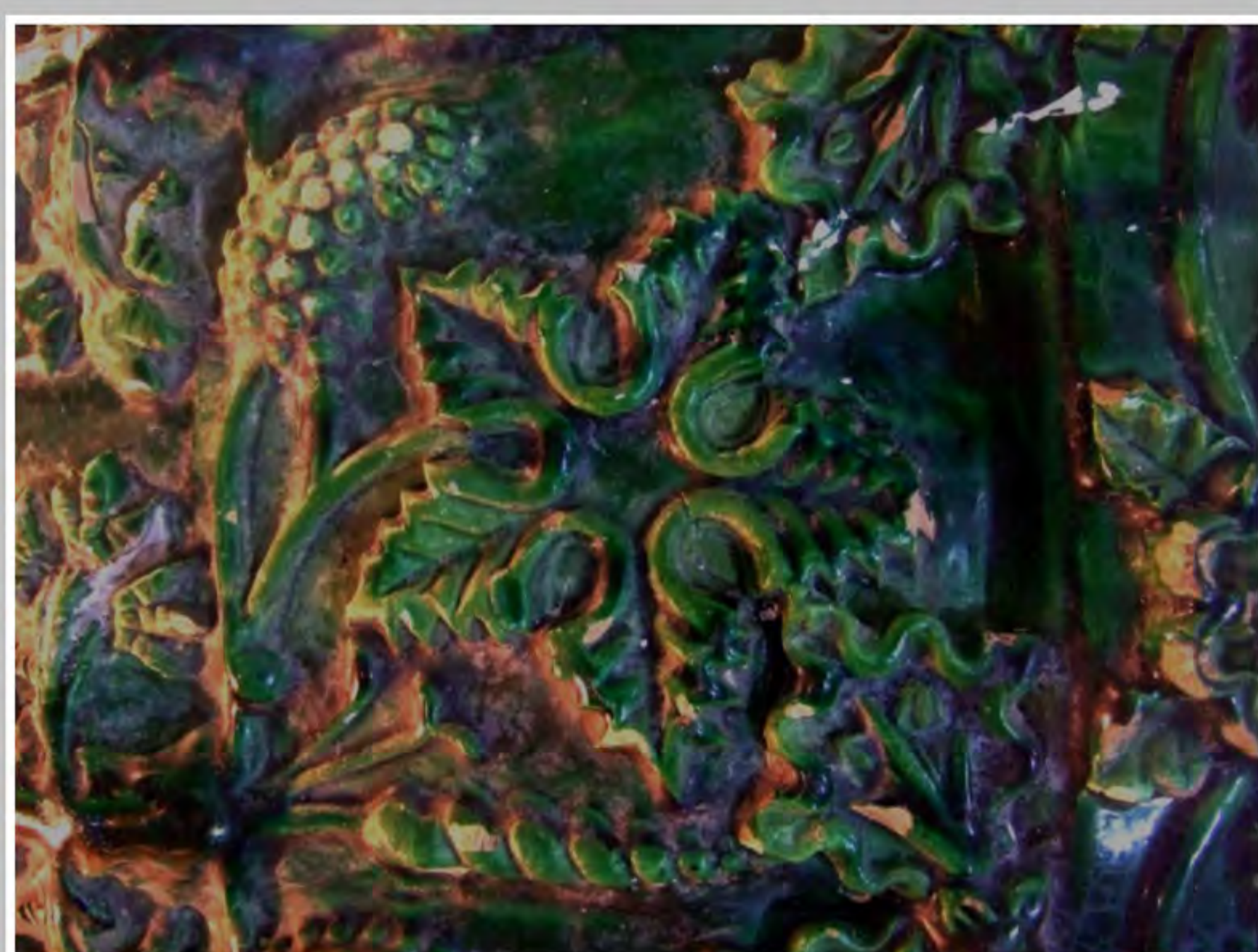


La pila bautismal de la iglesia de San Pedro en Carmona. Alfonso Pleguezuelo Hernández.



El barro es materia prima que ha sido usada para fabricar infinidad de objetos a lo largo de la historia. Uno de los más antiguos en el ámbito mediterráneo es la "tinaja", un enorme contenedor destinado a guardar productos dignos de ser conservados. Entre éstos estaban el aceite, el vino, los cereales, los frutos secos y también el agua, especialmente valorada en un medio árido como es el meridional. Pero el agua, además de ser elemento imprescindible para la subsistencia y la higiene física del cuerpo, es también un elemento que en muchas culturas ha sido portador de valor simbólico como purificador espiritual.

En el cristianismo, el agua es el elemento protagonista del ritual iniciático seguido para dar entrada al individuo en la comunidad de creyentes. El rito más antiguo era el de la inmersión, es decir, el acto en que el neófito se sumergía en el agua recordando el episodio en que Jesús entra en el río Jordán para ser bautizado por San Juan. Para este acto se usaba desde la alta Edad Media una tina, una especie de tinaja que sólo posee su mitad inferior. De ahí que las pilas bautismales sevillanas más antiguas, las de cerámica, vidriadas en verde, tuvieran esa forma y un gran tamaño. Para mayor realce, eran colocadas sobre una base cilíndrica que le servía también de peana. En otras latitudes, las pilas bautismales se han fabricado en piedras de distinto tipo y también en bronce. En nuestro ámbito se han hecho de barro, especialmente en la España meridional en la que la tradición de cerámica vidriada, heredada del mundo islámico, permitía fabricar estos enormes recipientes.



El número de pilas bautismales de terracota vidriada en color verde debió ser elevadísimo y proliferaron especialmente en los siglos XIV y XV cuando debían bautizarse no solo los nacidos en las comunidades cristianas sino también los musulmanes convertidos a la nueva fe. Pero a partir del Renacimiento un proceso de paulatina renovación los fue sustituyendo por ejemplares de mármol blanco. Eran llamadas en aquellos años del siglo XVII "pilas moriscas" y los arzobispos veían con recelo que el rito de iniciación de los cristianos se celebrara en un objeto fabricado por manos de musulmanes más o menos convertidos, los mudéjares, y se decorara en verde, precisamente el color del profeta. Eso sí, los motivos con que eran decorados siempre eran góticos, nunca de origen islámico. Hoy nos quedan unas treinta de aquellas viejas pilas bautismales y entre todas ellas, hay una muy especial: la que se conserva en la iglesia parroquial de San Pedro, en Carmona (Sevilla) y ello por varias razones:

La primera es el mismo hecho de haberse conservado a pesar de estar tan cerca de la sede institucional que ordenaba su destrucción y su sustitución por los nuevos modelos. De hecho, la mayor parte de las pilas mudéjares conservadas están en lugares alejados de los centros de poder eclesial: pueblos pequeños y alejados de las sedes arzobispales, alguna aldea portuguesa, la isla de Funchal en Madeira y sobre todo, las islas Canarias donde se conserva el mayor número de ellas.



En segundo lugar porque sólo la pila de San Pedro de Carmona, entre todas las conocidas, está fechada y firmada por su autor. Según la documentación parroquial fue pagada a su autor en el simbólico año de 1492, el del Descubrimiento de América y el de la reconquista cristiana del Reino de Granada. Y también está firmada la obra por un tal Juan Sánchez Vachero, un personaje del que tan solo conocemos el testimonio que dejó en este objeto excepcional.

En tercer y último lugar, debemos afirmar que la importancia de esta obra trasciende a la obra misma ya que un análisis detenido de sus motivos ornamentales nos ha permitido recientemente reafirmar la hipótesis del origen trianero de los azulejos de relieve que decoran los muros del palacio portugués del mencionado palacio de Sintra (Portugal). De los 14 motivos ornamentales contabilizados al analizar los originales azulejos de relieve que decoran los muros del palacio portugués, he podido verificar que siete de ellos, con los mismos tamaños que en Sintra, están presentes en la decoración exterior de la pila de Carmona lo que induce a pensar que ambas obras fueron hechas en el mismo taller de Triana o con los mismos moldes.



Por tanto, si ya la pila de Carmona es, en sí misma, un objeto de enorme valor artístico e histórico, lo es mucho más por cuanto permite atribuir un origen trianero al espléndido conjunto de azulejos del mencionado palacio de la antigua Corona portuguesa reformado por el rey don Manuel que reinó en el país vecino entre 1495 y 1521.